

EISENHOWER EN LA CASA BLANCA

1.—*El sentido de un desenlace electoral.*

Sobre lo que puede implicar, en cuanto cambio de rumbo de la política internacional y doméstica norteamericana, la presencia de Eisenhower en la Casa Blanca, tanto se ha escrito en estos meses postelectorales, que sería aventurado el intento de sumar nuevas glosas a las muchas ya consignadas. Por ello, si esa adición de apostillas constituyese la finalidad que perseguimos al redactar las glosas subsiguientes, explicablemente el lector se preguntará si a través de nuestro propósito no se filtra una sorprendente audacia. Quisiera requerir del que leyere la suspensión de todo juicio, en tanto no conozca en su integridad lo que seguidamente consignamos.

Intentemos calibrar la trascendencia de las elecciones presidenciales últimas. Se ha dicho, a este propósito, que la importancia de esta consulta popular es de tal monta, que acaso en toda la historia de los Estados Unidos no se había enfrentado el votante con una tan inquietante y acusada disyuntiva. Lo que se ventilaba en dichas elecciones era no sólo el triunfo de uno de los dos grandes partidos contendientes, sino incluso la posible supervivencia de una de ambas fracciones políticas, por cuanto la quinta derrota del partido republicano, a partir de la registrada en 1932, prácticamente equivaldría a la desactualización irreparable de ese gran partido político, cuyo reiterado ostracismo disolvería su estructura a impulsos de un implacable anacronismo. Caso de registrarse el anterior epílogo, se vería peligrosamente afectada la estructura política norteamericana, ya que sería preciso renunciar al juego de fuerzas representado por la coexistencia de los dos grandes par-

tidos tradicionales, planteándose al propio tiempo un problema de reajuste orgánico, difícil, peligroso y de repercusiones imprevisibles. Igualmente se arguye que era preciso enfrentar al partido republicano con una realidad desconocida por esa fracción, que, en los años de la primera postguerra, patrocinó el cómodo y atomizador sistema de desistimiento respecto de los problemas europeos. Ascendiendo ahora al Poder, el partido republicano perdería la noción de irresponsabilidad, deducida, esta última, de su condición de fracción opositora. Esa reinstalación en la realidad, de la cual había sido desconectado en 1932, favorecería la puesta en marcha de una política bipartita, fortificándose en la misma proporción la posición internacional de los Estados Unidos. Si suponemos que esa suma de consideraciones pesaron en el ánimo del elector norteamericano para inclinarlo en favor de Eisenhower, estimaríamos preciso, afinándonos en las verdaderas hipótesis, calibrarlas y valorarlas seguidamente.

2.—*El tronco y las ramas.*

Se ha dicho (editorial del diario «A B C» de 4 noviembre 1952): «La palabra Corea, como un fenomenal Guadiana político, ha aparecido y desaparecido miles de veces, para volver a surgir, apuntalando todos los discursos. Y esta batalla —con todas las limitaciones que se quiera— la ha ganado Eisenhower.» Los miles de vidas que a Norteamérica ha costado la guerra de Corea, y el hecho de que tal guerra constituya un inquietante atasco, acaso han impelido al ciudadano votante a prender sus esperanzas en el ofrecido y consumado viaje del Presidente electo a tierras coreanas, desplazamiento que no sólo se valoró como simbólico, sino que se calibró en cuanto ademán encaminado a eliminar aquella cruenta e inquietante incógnita. Así planteado el problema, debemos consignar nuestra extrañeza al percibir la ausencia de una pregunta que debiera sustituir a la reiterada interrogante: ¿cómo poner fin a la sangría coreana? Si Stevenson hubiese captado la trascendencia de esa pregunta, seguramente se decidiría por formularla, y al hacerlo, le sería fácil evidenciar ante sus oyentes hasta qué punto la gravedad de los problemas muchas veces no depende tanto de su congénita complejidad cuanto de su erróneo planteamiento. La diferencia, entonces, entre el modo de plantear la cuestión Stevenson y Eisenhower sería prominente

y acaso decisiva para inclinar al lector a provocar un epílogo muy distinto al registrado el 4 de noviembre. En ese caso, la promesa de Eisenhower quedaría reducida a su exacta dimensión: abordar un problema genérico, atendiendo tan sólo a una de sus manifestaciones específicas y episódicas y hasta topográficas, desdeñando lo que hay de sintomático en esa dolorosa interrogante. Procediendo así, no tan sólo se habría influido en el ánimo del votante norteamericano, influjo que, en definitiva, no reputamos de resolutorio (por lo que más adelante se dirá), sino que ante el mundo se plantearía, en su integridad, el problema de la responsabilidad norteamericana, planteamiento muy necesario en estos instantes de perplejidad internacional. Conscientes de las dificultades que implica nuestro propósito, y escudándonos en el carácter particular de estas glosas, optamos por ofrecerlas a los lectores de estos CUADERNOS.

3.—*Del apaciguamiento a la secesión.*

El nuevo huésped de la Casa Blanca se encuentra situado ante una realidad que no conocieron sus antecesores elegidos, respectivamente, en 1944 y 1948. Esta diferencia sustancial dimana de la siguiente consideración: ni Roosevelt al inaugurar su cuarto mandato, pronto truncado por la muerte, ni Truman al reemplazarlo constitucionalmente en 1945, ni al ser elegido para un nuevo cuatrienio en 1948, debían hacerse cargo de una empresa de tan acusada responsabilidad cual la que ahora se presenta ante el Presidente electo. Actualmente se acumula, en medida impresionante, el número de signos demostrativos de que el mundo occidental considera como un axioma el papel de *leadership* encarnado en los Estados Unidos. Esa circunstancia, por lo menos con tan prominente nitidez, no se acusaba ni en 1944 ni en 1948, ya que entonces, es cierto que en medida cada vez más atenuada, se vivía aún bajo el influjo de aquella desdichada unión rooseveltiana de la política de apaciguamiento, sistema de complacencias en beneficio de la U. R. S. S., a su vez deducido de la tesis, entonces imperante en la Casa Blanca, de que la paz en el mundo postbélico no podía ser realidad si no se lograba la avenencia entre los grandes protagonistas de la postguerra (Rusia y Norteamérica), y para posibilitarla, y ante las notorias inclinaciones secesionistas de la U. R. S. S., se vivía la vana ilusión de su atenuación posible, utilizando el sistema de las compensaciones. Pero, una vez que la

disensión, inevitable e incurable, se produjo, en términos que parecen *excluir todo posible reajuste, irremediamente los Estados Unidos* habían de hacerse cargo de esa nueva misión, grave y trascendente, representada por un acusado protagonismo en el seno de la comunidad occidental. El primer síntoma inequívoco de esa mutación nos lo ofrece Norteamérica cuando, en 1949, lanza la idea de aglutinar una buena parte del mundo occidental en torno a una tarea de común colaboración, con aspiraciones de permanencia, reflejada en la conclusión del Pacto del Atlántico Norte (1). Acaso se diga que ese fenómeno, representado por la dirección columbrante —*leadership*— norteamericana, no es nuevo ni sorprendente, en cuanto experiencia histórica, ya que otras naciones han aspirado a encarnar ese papel primordial (España, Francia, Inglaterra, Rusia, Alemania). Pero las experiencias reseñadas difieren de la presente por los siguientes motivos: 1.º El ademán de hegemonía registrado a lo largo de la Historia moderna europea, lejos de encontrar asentimiento por parte de aquellos que habían de quedar relegados al papel de superditados, provocó una clara reacción de disconformidad, tan acentuada y persistente, que engendró esa serie de guerras, emprendidas todas ellas con la ambición de malograr tales hegemonías potenciales y persiguiendo como finalidad la restauración del equilibrio de fuerzas, amenazado por esas apetencias encaminadas al logro de un protagonismo incompartido; 2.º Tales ademanes hegemónicos, todos en mayor o menor medida, eran prematuros, como lo evidencia el hecho de que siempre fué posible articular, como contrapeso de los mismos, coaliciones que malograron tales intentos de singular protagonismo; actualmente, la posición del problema se ha alterado, ya que no es uno, sino que son dos los Estados a los cuales, bien su ambición ecuménica, ya la alteración en el reparto del poder sobre la tierra, los llevan a encarnar el papel de astros de primera magnitud, en un mundo más o menos acentuadamente satelitizado; 3.º Así como en precedentes experiencias históricas la disconformidad de los otros Estados respecto de la nación que aspiraba a ser indiscutible astro de primera magnitud se traducía en la consecuencia de la formación de coaliciones destinadas al malogro de hegemonías, ahora se registra un fenómeno inédito, complejo en sus manifestaciones, pero

(1) La razón de ser de este epílogo y el modo como se llegó a tal desenlace, la encontrará el lector, simplemente tratada y valorada, en CAMILO BARCIA TRELLES: *El Pacto del Atlántico*. Ediciones del Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1950, 685 páginas.

susceptible de ser reducido a líneas vertebrales; dicha imagen esquemática puede reflejarse del modo siguiente: en la actualidad, tanto en el mundo occidental cuanto en el abarcado por el sistema de la acentuada satelitización, o se reconoce en el primero la hegemonía norteamericana y se parte de su preexistencia y aceptación para articular la política internacional postbélica, o se registra como un hecho, en el segundo, a cuya evidencia es preciso referirse para oponerle la contrapartida capaz de neutralizarlo y, si es posible, de malograrlo. Pruebas inequívocas de ese acatamiento y del reconocimiento de tal manifestación táctica las encontramos así expresadas: a) En ambos casos se ha suspendido el examen, con propósitos resolutorios, de los problemas internacionales, colgando de ellos la conocida etiqueta *For review and reappraisal nov. 5*; se asegura que, consumadas las elecciones presidenciales e instalado Eisenhower en la Casa Blanca, Moscú estaría dispuesto a dialogar con Washington; b) Schuman y Eden aplazaron su viaje a Washington hasta después de los comicios yanquis; c) Igualmente fueron diferidas las reuniones de la O. T. A. N., y lo propio aconteció con el problema de la ratificación del Tratado de la Comunidad Europea de Defensa; d) Francia diferió lo concerniente al problema indochino, tanto en lo que atañe a una posible cooperación norteamericana en tierras del Río Rojo, cuanto en lo que respecta a la necesidad de reformar algunas cláusulas del Tratado de la Comunidad Europea de Defensa, ya que la presencia cruenta de Francia en Indochina representa un *handicap* respecto de Alemania, como los exégetas franceses pretenden inducir del examen comparativo del artículo 13 —que tan abiertamente perjudica a Francia— y lo contenido en el artículo 12 del Tratado de la C. E. D., que visiblemente favorece a Alemania; ello, porque Francia tiene contraídas obligaciones ultramarinas, y Alemania no.

4.—¿Es Eisenhower Presidente nacional?

De lo anteriormente expuesto, se induce que, tanto la Europa occidental como Rusia, han procedido a diferir todo examen y resolución posible de los referidos problemas, aplazamiento que implícitamente equivale a reconocer el acentuado protagonismo de los Estados Unidos. Ese alto en el camino registrado en ambos mundos, el occidental y el satelitizado, no puede interpretarse como ademán engendrado por una ex-

cesiva y sistemática perplejidad; existen motivos que explican adecuadamente dicha prudencia y el relegamiento de todo ademán decisivo; destacarlos, valdrá tanto como desentrañar la complejidad de la situación internacional, que si ya antes constituía realidad, incuestionablemente se ha agravado como consecuencia de la elección de Eisenhower. Intentemos penetrar en ese panorama, a la vez inquietante y complejo.

Pudiera decirse que la alarma provocada por el acentuado triunfo de Eisenhower es más bien producto de esta hiperestesia postbélica, antecala de sensacionalismo; tal afirmación la consideramos incierta. Es verdad que Eisenhower fué elegido por los votantes republicanos, y, por tanto, con la sola consulta de los discursos pronunciados por el nuevo Presidente a lo largo de su agotadora campaña preelectoral, sería dable colegir adónde puede llevar al pueblo norteamericano, internacionalmente hablando, el nuevo Presidente. No sólo Eisenhower ha dejado tras sí una simbólica estela a lo largo de su campaña propagandística, nutrida por afirmaciones básicas, rectificaciones posteriores y dudas a veces, sino que al propio tiempo resulta evidente que en el seno del partido republicano conviven sectores que, en materias de política internacional, no sólo disienten, sino que mantienen puntos de vista incluso opuestos; hay sectores que, cobijados bajo rótulos distintos, son, en cierto modo, aislacionistas —vestigios que, como veremos, incluso alcanzan al propio Eisenhower—, y por ello se registran disensiones entre los que denominaríamos asiaticantes y europeizantes, divergente orientación topográfica explicable, ya que los apuntaladores de una u otra inclinación piensan, no sin razón, que Norteamérica, pese a su inmenso poder, está incapacitada para montar una guardia vigilante y potencialmente actuante desde Murmansk hasta Vladivostok. A las anteriores consideraciones puede replicarse aduciendo que Eisenhower, en definitiva, debe su triunfo, más que al voto específico de sus ocasionales correligionarios, al atractivo de su incuestionable personalidad y la proyección de su pasado histórico; parece confirmar la razón de ser de tal versión la circunstancia de que, según se ha demostrado por Drew Pearson, Eisenhower ha estado a punto de ser candidato del partido demócrata en las elecciones presidenciales de 1948, y que incluso nada se oponía a que fuese candidato de ese mismo partido en las últimas elecciones. Esta versión, hace poco reactualizada, parece ver incrementada su verosimilitud recordando aquellas palabras que Drew Pearson atribuye a Eisenhower y que éste

pronunciara en 1948: «Yo sería un Presidente norteamericano, no simplemente demócrata, y no prestaría atención a las etiquetas de partido.» No pareció que estas aseveraciones hayan sido tenidas en cuenta por Eisenhower a lo largo de su propaganda electoral, ya que en el decurso de la misma se ha producido como un auténtico beligerante polémico, no desentonando en este agudo acento pasional, que ha sido la tónica de las cálidas polémicas preelectorales. Si se dijera que, una vez instalado Eisenhower en la Casa Blanca, le era dable retornar a sus promesas de apartidismo de 1948, a tal afirmación y a su aparente consistencia dialéctica parecen afectar de modo sustancial las disposiciones de la vigente Constitución norteamericana, ya que si, como se asevera —a nuestro entender, acertadamente—, estamos situados ante un triunfo personal y no partidista, ello precisamente explicará lo que a primera vista parece asaz confuso, a saber: que el aplastante triunfo de Eisenhower no se compadece con lo registrado con los resultados electorales atinentes a la Cámara de Representantes y a una parte, renovada, del Senado; en ninguna de ambas Cámaras cuenta Eisenhower con una mayoría tan prominente que depare seguridades de comodidad a su mandato presidencial. Es cierto que en Norteamérica impera el sistema presidencialista y no el Gobierno de tipo parlamentario; pero no se olvide que el Senado, donde Eisenhower está lejos de contar con una tranquilizadora mayoría, constitucionalmente goza de evidentes posibilidades protagonísticas en materias de política internacional y que, en definitiva, en muchos de estos menesteres, toca al Senado pronunciar la última palabra. Recuérdese, entre otros antecedentes que pudieran citarse, de qué modo el Senado de Washington, en 1920, no sólo rectificó la política internacional del Presidente Wilson, sino que provocó su hundimiento total al producirse la secesión norteamericana respecto del Pacto de la Sociedad de las Naciones. Por consiguiente, podría hablarse de un Presidente de proporciones nacionales, si esa característica tuviese su plural aplicación y si encontrase eco en el resultado de las elecciones en ambas Cámaras, eco que no se ha registrado, ya que Eisenhower, en la Cámara de Representantes, cuenta con una exigua mayoría, y de los 96 senadores que integran la Cámara alta, sólo cuenta Eisenhower con 48; ello sin pensar en los corrimientos, defecciones y disensiones en el seno de eso que no resulta ser ni minoría ni mayoría republicana. Si Wilson, en 1920, apelando incluso al remedio heroico de ponerse en contacto directo con el

pueblo mediante una serie de discursos pronunciados a lo largo del país, cuyo esfuerzo precipitó su muerte, no logró vencer la obstinación senatorial; por mucho que se invoque el carácter plebiscitario de la reciente elección de Eisenhower; nadie puede garantizar que la vieja guardia republicana renunciara a hacer acto decisivo de presencia en ambas Cámaras.

Si el lector considera que cuanto dejamos escrito resulta exageradamente complejo e incluso contradictorio, tal deducción, a nuestro entender, no constituirá afortunado reflejo de la realidad postelectoral norteamericana; al producirnos en tal sentido, no pretendemos encontrar una fácil salida, ni convertirnos en sembradores de perplejidades, fruto post-bélico demasiado extendido a lo ancho y a lo largo del mundo; como prueba de ello, el lector acaso encuentre algún factor de esclarecimiento en las líneas subsiguientes.

5.—*Significado del slogan «time for a change».*

Aparte la enorme popularidad de Eisenhower, factor que tanto ha contribuido a su diáfano triunfo, nos parece cierto que otro elemento ha contribuido a provocar el desenlace registrado el 4 de noviembre: la impaciencia de los electores, puesta a prueba especialmente en Corea y que ha sido reflejada en el *slogan «time for a change»*. Lo que interesaría saber es en qué sentido ha de producirse la mutación, tan insistentemente invocada. No bastaría decir que lo que se persigue es truncar la trayectoria democrática, tras veinte años de vigencia, ya que tal designio, por su carácter eminentemente negativo, en nada contribuiría a disminuir la actual indecisión norteamericana. No creemos tampoco que en el sector republicano exista el anacrónico propósito de reanudar la historia truncada en 1932 y que los republicanos habían escrito a lo largo de tres legislaturas. Un triunfo sólo afincado en los supuestos errores de la administración democrática constituiría reacción dialéctica fácil, pero inconsistente. Esto aparte, si los triunfadores osan adentrarse en el camino conducente a la fijación de responsabilidades, indudablemente penetrarán en una ruta para ellos peligrosa; tanto, que tal además pudiera ser contraproducente, porque las responsabilidades de la postguerra, siendo por definición un fruto de la guerra misma, parece indicado determinar en qué medida los republicanos son responsables

de tal antecedente. Acaso este aspecto del problema no fué dialécticamente explotado, en la medida posible, por Stevenson en sus propagandas. Los que hemos prestado especial atención al proceso de la política internacional norteamericana (2) y hemos intentado enfocar el problema objetivamente, consideramos que la administración republicana, entre los años 1920 y 1932, con su política de secesión respecto de la Sociedad de las Naciones, dejó a Europa sumida en sus infortunios postbélicos, entregada a la vez al temor de los vencedores y al afán de reencarnar el protagonismo por parte de los derrotados; frente a esa antítesis, la inhibición norteamericana, que, caso de haber sido presencia, pudo contribuir a su atenuación, no dejó a la Europa abandonada otra solución que un irrealizable intento de avenencia, perseguido y malogrado por falta de ambiente, por Briand y Stressemann. La defección norteamericana había de implicar otra consecuencia no menos lamentable que la anterior, por cuanto influyó en la actitud de Inglaterra, vacilante y hasta contradictoria y que de tal modo contribuyó a incrementar la inestabilidad de la Europa postbélica, irremediablemente condenada a padecer las consecuencias de una antítesis, especialmente a partir de la mutación política operada en Alemania con el advenimiento de Hitler al poder, llevado al triunfo por un plebiscito aún más prominente y unánime que el que deparó el triunfo a Eisenhower. Inglaterra, que no se avenía a definir nitidamente su política internacional en función de Europa, influida notoriamente por el aislacionismo norteamericano, unas veces parecía dispuesta a respaldar aquellos intentos de paz inestable, firmando los acuerdos de Stresa, y poco después signaba con Alemania un acuerdo naval que contradecía claramente lo pactado en Stresa. Toda esa dispersión, esa desconfianza y esa desventura de Europa, seguramente no habría sido realidad si la Administración republicana, llevada de su obsesión aislacionista, no se negase a firmar el Pacto de la Sociedad de Naciones, artilugio que si ya había nacido acentuadamente enteco, así resultaba ser la auténtica manifestación de la impotencia. Esa inclinación secesionista norteamericana, fuertemente unida a las administraciones de Harding, Coolidge y Hoover, por el impulso adquirido había de alcanzar en sus efectos a la nueva etapa democrática, y sólo así puede explicarse, nunca justificarse, aquel póstumo además

(2) CAMILO BARCIA TRELLES: *La política exterior norteamericana de la postguerra*. Valladolid, 1920. 200 páginas.

norteamericano reflejado, primero, en las desventuradas leyes de neutralidad de 1935 y 1937, y después, continentalizadas en Panamá, cuando ya era una triste realidad la guerra europea. Por ello, a cuantos dominados por la impaciencia flamean la bandera portadora del *slogan* «*time for a change*» sería conveniente preguntarles qué es lo que se repudia, y posiblemente, llegados a este período de nuestro proceso lógico, nos veríamos aún más perplejos que sorprendidos, teniendo que reconocer que los innovadores del 4 de noviembre de 1952 lo primero a que tienen que proceder es a condenar y a dar sepultura a su propio pasado, tarea crítica y constructiva a la vez, misión para la cual, de modo especial la vieja guardia republicana no parece ser la más indicada para llevar a cabo esa actividad depuradora, ya que a ella le alcanza en medida prominente la responsabilidad de lo acontecido. Con ello no nos proponemos justificar a las sucesivas administraciones democráticas de 1932 a 1952: de un lado, porque no es ésa nuestra misión, e incluso, puestos a enjuiciar la política norteamericana del segundo período postbélico, acaso encontraríamos más motivos de disenso que de conformidad; de otro, porque lo que nos proponemos consignar es que si Eisenhower triunfó a caballo del *slogan* «*time for a change*», no sería excesivo preguntar al Presidente electo en qué consistirán esas alteraciones implicadas por su presencia y acción. Si nos preguntamos cuál es el programa de Eisenhower, para responder adecuadamente no disponemos de otro elemento de orientación que el consultar todos y cada uno de los muchos discursos pronunciados por el candidato triunfante a lo largo de su campaña electoral, tarea más difícil de cuanto el lector pudiera imaginarse. Alguien acaso más capacitado y, desde luego, más optimista que nosotros, ha reducido a 11 los puntos que constituyen el contenido dialéctico de la tesis de Eisenhower; de esos 11 mandamientos, sólo dos se refieren a problemas de política internacional, única cuestión que a nosotros nos cumple considerar. Son los siguientes: 1.º Viaje a Corea, para ver lo que puede hacerse para lograr «un fin próximo y honorable» de la guerra; 2.º Restaurar una «auténtica» política exterior bipartita, invitando a los *leaders* demócratas del Congreso a participar en una conferencia sobre política exterior. Consideremos separadamente cada uno de los dos citados extremos.

6.—*El topografismo de Eisenhower.*

En lo que atañe a la visita al frente coreano, permítasenos consignar una advertencia: el designio de Eisenhower parece responder a lo que denominaríamos achaque de «topografismo», tendencia que consiste en desconectar problemas, geográficamente circunscritos, de la cuestión global que plantea el problema de una posible instauración de la paz. Aun suponiendo que fuese posible resolver, de modo más o menos inmediato, el problema coreano —y el designio no es tan fácil, por lo que después diremos—, con ello sólo habremos logrado eliminar, aparentemente, una de las muchas incógnitas sembradas a lo largo de la dilatada frontera satelitizada rusa; esa extensión y las posibilidades potenciales a disposición de Rusia no impedirían la aparición de una nueva Corea en cualquiera de los sectores contiguos o próximos a la frontera soviética. Si lo que se persigue es lograr un armisticio en Corea, tal fin, laudable en sí mismo, no constituiría propiamente epílogo, ya que siempre quedaría pendiente de solución la determinación del futuro y definitivo estatus coreano; allí asistimos, con variante geográfica y de modo más cruento, a una especie de pluralización del problema alemán, con dos sectores de ocupación, sin que pueda adivinarse cómo puede cesar ésta, y aun en el supuesto de una total y absoluta evacuación de la península coreana por parte de las tropas extranjeras, siempre quedaría allí instalada la guerra civil en potencia, por cuanto el propio Eisenhower, en alguno de sus discursos, aludía a la conveniencia y posibilidad de confiar a los surcoreanos la misión —que Eisenhower consideraba un honor— de atender a la defensa de su frontera. Abstracción hecha de lo que antecede, no es desdeñable una razón de tipo geopolítico, a virtud de la cual los coreanos del Norte tienen a su espalda todas las posibilidades de presión y sorpresa, provenientes de la inmensidad eurásica, y esas perspectivas posibles resultan inquietantes aun en el supuesto de que fuese factible pactar un armisticio e incluso una evacuación de fuerzas, para cuya aceptación estaría siempre mejor dispuesta Rusia, precisamente porque consumir la evacuación no le privaría de reiterar el ataque que sobre Corea del Sur se organizó impunemente al norte del río Yalu. Todas las anteriores posibilidades, como son posicionalistas y responden a motivaciones de índole geopolítica y, como tales, permanentes, no podrían

ser afectadas como consecuencia de la visita a Corea por Eisenhower, desplazamiento que ya ha sido realidad cuando redactamos estos comentarios, y si los consignamos es por considerar que no precisarán de rectificación después que Eisenhower estableció ya contacto con la península coreana.

Cuando Corea no había pasado a la condición, primero, de protectorado japonés, y después, de incorporación pura y simple al Mikado, ya en tierra nipónicas se echaba mano de un argumento a cuyo tenor Corea era como una pistola cargada apuntando al corazón del archipiélago nipónico; ello porque a espaldas de Corea estaba Rusia, hasta que fué detenida su expansión al ser derrotada en tierras de Manchuria y en aguas de Tushima. Si esa realidad, anterior al Tratado de Portsmouth, tornase a serlo nuevamente —todo hace suponer que no podrá registrarse otro desenlace—, al Japón postbélico se le plantearía un problema del cual no podría desinteresarse, y se ofrecerían a Tokio los términos de la cuestión enmarcados en la siguiente disyuntiva: o el Japón dejaba de empeñar la misión a que parece estar destinado por su situación geopolítica, en cuyo caso se hundiría automáticamente todo lo que hay de esencial en la política norteamericana respecto del Pacífico, o trataría de encontrar una posible avenencia con la China comunista, acuerdo que significaría un desahogo para su acuciante problema de plétora demográfica; tal cooperación, por muy condicionada e incluso reticente que fuese en sus comienzos, se traduciría, con el decurso del tiempo, en la articulación del problema asiático, con la exclusiva intervención de los pueblos amarillos, y sobre todo se daría la consecuencia de que la geografía continental asiática encontraría su complemento en el acoplamiento de la talasocracia nipónica.

Es aparentemente fácil paralizar y hasta destruir lo que se considera como epílogo histórico, pero no parece tan practicable el reemplazar lo desdeñado por una situación dotada de cierta viabilidad, y el fracaso de estos intentos de sustitución se traducen en la consecuencia de que el mal que se intentaba eliminar reaparece con manifestaciones mucho más inquietantes, y nadie puede desconocer que el pleito de Corea ha tenido realidad como consecuencia de la medida prematura que suponía el restaurar a dicha nación en su soberanía y proceder después, también con poco explicable premura, a la evacuación de las fuerzas ocupantes, medidas a su vez inspiradas, en gran parte, en ese sistemático anticolonis-

mo profesado por Roosevelt, y de cuyos efectos suponemos no logrará liberarse plenamente Eisenhower, manumisión para la cual se le ofrecerán reiteradas coyunturas al discutirse en el seno de la O. N. U. el problema planteado, tanto por la Regencia de Túnez, cuanto por el protectorado de Marruecos. Son estas reacciones anticolonialistas especie de constantes históricas que asoman a lo largo de la política internacional norteamericana, explicables, no tan justificables, por la consideración de que Norteamérica, producto de una manumisión respecto de su metrópoli, considera que este epílogo, que cimentó su enorme prosperidad, debe no sólo propugnarlo respecto de otros países, sino respaldarlo con todas sus fuerzas.

En acentuada relación con el problema coreano y los inmediatos propósitos del Presidente Eisenhower en materia de política internacional, ha podido apreciarse a lo largo de su campaña electoral una insistencia mantenida con tal reiteración, que no sería exagerado considerarla como un sonsonete de la misma. En uno de sus últimos discursos preelectorales —el pronunciado en Detroit el 24 de octubre de 1952—, Eisenhower, preguntándose cómo podría solucionarse el problema coreano —para Eisenhower ello significaría lograr el término de la guerra—, aludía a dos falsas respuestas: una, que habla de poner fin de modo inmediato a la guerra coreana, a plazo fijo; otra, igualmente falsa, según Eisenhower, es aquella a tenor de la cual nada puede ser realizado para acelerar una paz segura, y agrega que sostener esto por parte de la más fuerte nación en toda la historia de la libertad, es caer en el derrotismo.

7.—*La programática del nuevo Presidente.*

Eisenhower sostiene que el partido republicano no puede ser un mudo prisionero de la historia, ya que tal posición, defendible respecto a los países de régimen totalitario, es una doctrina inadecuada para los hombres libres (*We are not mute prisoners of History. That is a doctrine for totalitarians, it is no creed for free men*). Ello no quiere decir que la Historia deba ser desdeñada, ya que su proyección resulta innegable, desde el momento en que los antecedentes pueden atar a quien puede llevar a cabo una renovación de métodos. Por lo cual, sólo una nueva administración está en condiciones de propugnar nuevos modos respecto del problema coreano; la razón, dice Eisenhower, es simple: la vieja

administración no puede reparar aquello que no supo prever; el partido republicano, libre de esos antecedentes que podrían maniatarlo, está en condiciones de ofrecer una solución honorable del problema coreano. Para ello el camino sería: 1.º Entrar y armar las fuerzas surcoreanas; en las actuales circunstancias, las fuerzas de la O. N. U. no pueden evacuar aquel desdichado país, pero a medida que las fuerzas surcoreanas vayan estando en condiciones de encarnar el honor de defender sus fronteras, debe prestárseles ayuda para lograr más acentuadamente dicho fin; las fuerzas de la O. N. U., en reserva, serán garantía de que el desastre no tornará a ser realidad; 2.º Convertir nuestro sistema de guerra psicológica en un artilugio capaz de agrietar el frente comunista; 3.º Ponerlos en relación con las naciones libres de Asia, para así planear un sistema de paz mundial; 4.º Vacilar, apaciguar, aplacar, constituye invitación a una guerra más extendida y más sangrienta.

La disyuntiva no consiste en elegir entre aislacionismo e internacionalismo; ése es un debate perteneciente a un pasado nuevo; la gran mayoría de los americanos pertenecientes a los dos partidos ya saben que para salvaguardar la libertad de su nación deben asumir una mayestática responsabilidad respecto a la libertad a lo largo del mundo; el dilema se plantea así: elegir entre previsión y ceguera, entre hacer y excusar, entre planear e improvisar. Esa alusión al problema coreano se complementa con otra cita de Eisenhower, ésta expresada en su discurso de Nueva York del 29 de octubre de 1952: América, decía, no debe ser apresada en este cepo coreano, luchando con el segundo *team* enemigo: debemos preparar a los coreanos para defender sus propias vidas, para que así las fuerzas norteamericanas puedan cumplir con su específica misión: convertirse en una reserva móvil del mundo libre y proveerlas de apoyo aéreo y naval allí donde sea necesario su empleo.

Si al anterior resumen, intentando ofrecer una honesta visión de los puntos de vista expuestos por Eisenhower, pueden oponérsele reparos, no será ciertamente porque en nosotros no existiese el deseo de objetividad. Con ese esquema a la vista, permítasenos ahora intentar una valoración de la consistencia dialéctica encerrada en el programa de acción internacional que Eisenhower respalda, aun cuando ello nos obligue a reiterar advertencias ya formuladas en otro lugar de este trabajo.

Es el propio Eisenhower quien nos hace saber que la misión del elector norteamericano no consiste en decidirse frente a una supuesta anti-

tesis: aislacionismo o internacionalismo, términos antitéticos que no agotan el problema, pero no completan su pensamiento, al menos con la diafanidad deseable, señalando claramente cuál puede ser la orientación, al margen de esa antítesis que el propio Eisenhower considera como anacrónica. Si nuestra versión es defendible, consideramos que la visita consumada del Presidente electo a Corea no puede significar otra cosa que la siguiente: es en las propias tierras coreanas donde el problema ha de ser resuelto, pero ello nada nos esclarece respecto del *cómo*, y enfrentados con este vacío, dos hipótesis son defendibles: según un supuesto, el pleito coreano se resolvería de modo inmediato, de acuerdo con los planes del general van Fleet, que éste expresa así: «Nos hace falta un éxito militar. Debemos derrotar al ejército chino en el campo de batalla. Corea es la llave del Asia. Para ello no es preciso llegar hasta el Yálu, pero debemos estar preparados, si fuera preciso, para bombardear las bases de Manchuria.» De esta visión de van Fleet, no parece estar muy alejado el Pentágono. Todo, hasta aquí, parece lógico y comprensible, pero nos asalta una duda, y es la siguiente: esos planes de acción no han sido ideados para aplazar su acción indefinidamente, ya que precisamente Eisenhower ha dicho que a un pueblo, frente a la sangría coreana, no puede ofrecérsele como único consuelo la tesis de esperar, esperar, esperar (*Wait and wait and wait*), como dijera en tono de elección Eisenhower. Mas si esto es así, resultaría indiscutible que los planes de Eisenhower, consistentes en el entrenamiento y fortalecimiento del ejército surcoreano, cuya realización implica tiempo, no podrían ser llevados a efecto en un corto plazo.

La circunstancia de que el problema coreano se haya convertido en nudo dialéctico a lo largo de la propaganda electoral, pudo implicar una consecuencia: la disecación del problema internacional, recibiendo el elector norteamericano la impresión de que en Corea se está ventilando toda la cuestión de la paz y de la guerra; este achicamiento de la cuestión puede implicar consecuencias que necesariamente han de beneficiar al sistema de la «guerra fría», ya que, estando al alcance de Rusia el provocar esos abscesos de fijación, la posible eliminación de la incógnita coreana depararía a la U. R. S. S. posibilidad de alterar topográficamente dicho absceso. Es esto lo que encontramos como punto vulnerable de la dialéctica eisenhoweriana, por cuanto esta interpretación localista parece desdeñar la existencia de un dilatado frente polémico que, desde

Berlín y sin solución de continuidad, llega hasta el estrecho de Bering. Sólo en un sentido puede percibirse la existencia de una preocupación, por parte de Eisenhower, de proporciones globales. El Presidente electo sugiere que los Estados Unidos deben salir del cepo coreano y poner término a una guerra indirecta frente a Rusia; para ello se sugiere el adiestramiento rápido de los efectivos militares surcoreanos. Suponiendo que la receta sea acertada y que las tropas norteamericanas quedasen liberadas de la hipoteca coreana, ¿cuál sería la misión asignable a estos efectivos rescatados? Eisenhower nos dice: las fuerzas norteamericanas se convertirían en la gran reserva móvil del mundo libre, con el complemento del poder naval y aéreo, para servirles de soporte donde ello fuese preciso. Merecen meditarse estas aseveraciones de Eisenhower.

8.—*Corea, como baluarte de la libertad.*

El Presidente electo reiteradamente ha dicho que no se trata de elegir necesariamente entre el aislacionismo y el internacionalismo, por cuanto ese dilema, siempre discutible, si en un instante pudo ser propugnado (sobre todo en tanto los Estados Unidos vivían la ilusión de poderse determinar libremente en materias de política internacional), hoy no sólo ha perdido actualidad, sino que ha sido llevado al museo de las reliquias, no por cierto venerables. Nadie duda que Eisenhower no pertenece a ese sector aislacionista que quiere supervivir a toda costa; afirmararlo valdría tanto como sustentar la tesis de que Eisenhower pretendía ignorar todo lo que en el mundo aconteciera desde 1920; pero una cosa es el llamado aislacionismo «cien por cien», y otra bien distinta sus manifestaciones encubiertas, a través de sistemas que, si pueden desorientar por la alteración rotularia que implican, esencialmente responden a esa propensión reactiva. El lector puede consultar a este propósito cuanto en reiteradas ocasiones hemos escrito a propósito de toda esa serie de sucedáneos del aislacionismo, tales como la doctrina del parapeto, de la estrategia periférica y del Gibraltar norteamericano. A nuestro parecer, las anteriores palabras de Eisenhower —pronunciadas en Nueva York el 29 de octubre de 1952—, si se consideran en su exacta y no en su aparente significación, representan —posiblemente, sin que el propio actor lo percibiera— una nueva versión, construida a expensas de esos materiales dialécticos desactualizados, a que hemos alu-

didó; hay en la visión de Eisenhower como una mezcla de la doctrina del parapeto y de la réplica a la presión, allí donde los rusos la localicen, con la dilatada iniciativa de que les provee la «guerra fría». Es difícil determinar si nos asiste la fortuna al ofrecer una exégesis del pensamiento de Eisenhower, por cuanto el Presidente electo pudo no haber medido lo que sus afirmaciones significan. Mas dentro de ese riesgo, consideramos que cuando Eisenhower propugna como método el pertrechar, ampliar y fortalecer las fuerzas surcoreanas para que defiendan su frontera —suponemos será la del paralelo 38—, asigna a las fuerzas locales el montar la guardia en el parapeto; este sistema puede pluralizarse en otro extremo de ese dilatado frente lineal de la «guerra fría». Así se desempeñarían dos misiones, encarnando una y otra en distintos actores: la específica del parapeto se confiaría a las fuerzas colindantes; la posible y aleatoria de réplica a presiones provenientes de las inaccesibles líneas interiores rusas sería confiada a los Estados Unidos, que, disponiendo de enormes reservas móviles y contando con la superioridad naval —según el anuario *Jane's Fighting Ships*, los Estados Unidos tienen una flota de combate superior a todas las restantes flotas del mundo reunidas— y aérea, podrían situar esas reservas donde fuese preciso para la defensa del mundo libre. Tal proyecto no sería realizable sin la evacuación de las fuerzas norteamericanas del frente coreano, que, liberadas de esa ratonera, irían a engrosar esos efectivos móviles de que habla Eisenhower. El peligro —que no pasa inadvertido para el mundo occidental europeo— radicaría en que la posibilidad de que lo aconsejado respecto de Corea se extendiese a otros sectores del dilatado frente de la «guerra fría»; producida así la ausencia norteamericana, en la misma medida se habría facilitado la misión e incrementado la libertad de movimientos de los propugnadores de la «guerra fría». En términos epilógicos, no parece existir una diferencia abisal entre esa técnica de Eisenhower y la imagen del Gibraltar norteamericano, que con tanto ahinco propugnarán dos destacados miembros del partido republicano: Hoover y Taft.

9.—*La sedicente política bipartita y su anemia dialéctica.*

Aun cuando constituyó una realidad lo que denominaremos «la obsesión coreana» de Eisenhower, se sobreentiende que quien aspira a ocu-

par la más alta magistratura de la nación norteamericana no podía vincular exclusivamente al problema coreano su programa internacional. Ello explica que Eisenhower haya querido aludir a cuál será su política internacional, globalmente considerada. Según sus reiteradas aseveraciones, no es propósito del Presidente electo el teñir de color partidista su política internacional, ni menos encuadrarla en un sistema dilemático (o aislacionismo o internacionalismo); por ello aludió reiteradamente a la necesidad de practicar una política bipartita, entendiendo por tal una política exterior de ambición nacional que logre el apoyo de ambos partidos, el demócrata y el republicano. Consideramos que no debe reputarse como fortalecida una orientación internacional por el solo hecho de colectar el apoyo de las dos grandes fracciones políticas norteamericanas: se precisa que esa política no sea episódica, y, como tal, corriendo el riesgo de las contradicciones, contrastando así con las normas constantes de la política internacional soviética, por lo menos en lo que atañe a las motivaciones finalistas de esta última. Después de todo, esta política bipartita que Eisenhower propugna no sería una novedad, por cuanto ya fuera defendida por el entonces Secretario de Estado Byrnes, y encontró clara confirmación al votar, por aplastante mayoría, demócratas y republicanos en el Senado, el Pacto del Atlántico Norte. No se olvide que toda política bipartita es, por esencia y destino, una política de concesiones a una y otra de las dos grandes fracciones parlamentarias estado-unidenses, y en ese afán de acoplamiento sistemático puede diluirse lo que puede existir de trazos firmes en el modo de concebir tal política internacional. Esto aparte, como hemos intentado poner de manifiesto en otro lugar de este trabajo, el protagonismo destacado de los Estados Unidos no sólo se acepta como realidad en tierras norteamericanas, sino que tal asentimiento es compartido por los Estados del mundo occidental europeo. Ello obliga a los gobernantes de Washington a planear una política internacional que no sólo despierte la aquiescencia de republicanos y demócratas, sino que merezca el asentimiento europeo y depare al viejo mundo algo de aquella tranquilidad perdida como consecuencia de las dudas y vacilaciones registradas en Norteamérica. Comprendemos que en el mismo grado de responsabilidad que pesa sobre los Estados Unidos debe alinearse la precisión de que Norteamérica se ponga a tono con la grave y trascendente misión que el destino ha puesto en sus manos. Todo esto debe pesar en el ánimo de Eisenhower, haciéndolo con-

siderar de una vez y sin posible retroceso lo que hay en política internacional de permanente y episódico, de maleable y necesario, de voluntario y de insoslayable. Hasta el presente, desde que se inició el período histórico de la postguerra, ni aun los más optimistas y conformistas pueden discrepar de nuestro juicio, a tenor del cual los Estados Unidos, aceptando la consecuencia de que debían improvisar una política internacional, frecuentemente han procedido con aquella indecisión propia del que, acuciado por las exigencias de la realidad que vedan todo posible desistimiento, duda, vacila, rectifica y no construye de modo firme. Una simple mención de las recetas brindadas, tanto por los republicanos cuanto por los demócratas, desde 1945, lo ponen claramente de manifiesto: apaciguamiento, contención, retracción, diplomacia total, sistema defensivo periférico, artificio del parapeto, Gibraltar americano, empujar a Rusia al *status quo* de 1945, cuanto sirve para provocar la resistencia de los Estados satelitizados. El solo hecho de la sucesión de remedios brindados pone claramente de manifiesto que ninguna de las medidas propugnadas ha sido eficiente, ni consiguió atenuar los efectos de la «guerra fría», a cuya peligrosidad no han logrado afectar. Si Eisenhower, a impulsos de un auténtico plebiscito popular, fué llevado a la Casa Blanca, ese triunfo en gran parte ha de atribuirse a la influencia que sobre los indecisos ha ejercido el *slogan* «*time for a change*»; esa propugnada alteración no puede reducirse a una pura sustitución de demócratas por republicanos, sino a una alteración de esencias y procedimientos en lo que atañe al modo de trazar las líneas vertebrales de lo que habrá de ser, en el próximo cuatrienio presidencial, la política internacional de los Estados Unidos.

10.—*Ineditismo y periferismo.*

Lo aducido no abarca todo el problema que estamos examinando; otros extremos deben ser tenidos en cuenta, y entre ellos el siguiente: la confusión, estela inevitable de propagandas electorales, a lo largo de las cuales el afán de conquistar al elector puede restar serenidad y hasta afectar a la honestidad dialéctica de los aspirantes a la presidencia norteamericana.

En verdad, Eisenhower, tras la sorpresa que implicó su elección como candidato de la elección republicana de Chicago, se dispuso a montar

su artillería dialéctica propagandística en lo que afectá a problemas de política internacional —solo aspecto al que queremos referirnos—; no podía dirigir sus tiros poniendo al desnudo la pobreza conceptual de los demócratas en problemas de política exterior porque dicha política no era ni buena ni mala; su flojedad residía precisamente en su virtual inexistencia. Los demócratas, al igual que los republicanos, nos han brindado varias normas básicas de acción exterior, con la única diferencia de que los primeros, usufructuando el poder, pudieron ensayar su eficacia, en tanto que los segundos, faltos de elementos de decisión, se limitaban a ofrecer sucedáneos, pero sin que ninguno de ellos —diplomacia periférica, sistema del parapeto, Gibraltar norteamericano— fuese objeto de ensayo. Esto, que a primera vista provee a los republicanos de la evidente ventaja del ineditismo, en realidad pone de manifiesto su clorosis constructiva, ya que si es discutible que quien realice las experiencias reemplace las contrastadas como ineficientes por otras que se consideren más viables, no resulta comprensible cómo el que se escuda tras la impunidad del ensayismo, más o menos académico, centre sus preferencias no en una receta, sino en varias y abiertamente distintas entre sí.

Esta serie de datos que brindamos al lector de CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL parece permitirnos inducir que todas las notas que pudiera extraer el observador, tras un análisis minucioso de la sedicente política internacional norteamericana, la de más bulto es la confusión, determinada por la razón de que no existe una tabla de valores universal para considerar, desde Washington D. C., los problemas, liberados los exégetas del empirismo; por lo cual a la nota de confusión va unida estrechamente —de tal modo que en ocasiones no es posible trazar una línea divisoria entre ambas— la de contracción. Esta es la herencia que recoge Eisenhower, y de cuya proyección desorientadora no resulta tarea fácil liberarse acudiendo a la fórmula ofrecida por el nuevo Presidente, según la cual él no se considera como un mudo prisionero de la Historia, por la sencilla razón de que el propio Eisenhower ha actuado como protagonista en ese período histórico a que alude, respecto del cual promete el desasimiento si así lo estimase necesario. Si esto puede decirse sin pasión ni partidismo, imagine el lector lo que es dable escribir cuando el redactor es víctima, a la vez, del temor y de la suspicacia. Tal es el caso, como veremos seguidamente, encarnado en la versión fran-

cesa de lo que representa y los peligros que encierra la futura política internacional norteamericana.

Recientemente —*Le Monde*, editorial «Dix ans après», 9-10 diciembre 1952—, se preguntaba lo que podía esperar y lo que podía temer Francia de la política internacional norteamericana a través de la versión del partido republicano, ahora instalado su candidato en la Casa Blanca. Para ello establecía un parangón entre los compromisos adquiridos por los Estados Unidos a raíz de los desembarcos en Africa y la realización de los mismos, deduciendo del examen comparativo no sólo que Norteamérica había olvidado sus solemnes promesas, sino que en ocasiones las había contradicho con su conducta. Aludiendo a los problemas norteafricanos, recordaba *Le Monde* la proclama de Eisenhower al desembarcar en tierras africanas, en 8 de noviembre de 1942: «Me parece innecesario decir que no abrigamos ninguna ambición respecto del Africa del Norte, ni sobre ninguna porción del Imperio francés.» Promesa reafirmada por Robert Murphy, en una carta de 2 de noviembre, al general Giraud, de «no intervenir en los problemas que dependan exclusivamente de la administración nacional o que pertenezcan a la soberanía francesa». Ya ve *Le Monde* el primer signo contradictorio en las afirmaciones de Eisenhower, como jefe de la SHAPE, cuando hablaba de la necesidad de unir a todos los musulmanes, desde Djakarta a Dakar; pero especialmente presta atención el diario parisino a la circunstancia de que en el seno del partido republicano hay muchos defensores de la llamada estrategia periférica, cuyas bases esperan encontrar en Africa, respaldando a tal fin los movimientos nacionalistas del Continente negro. Ya lanzado al camino de las acusaciones, *Le Monde* llega incluso a relacionar estos designios «periféricos» de los republicanos con el denominado punto IV (ayuda económica y técnica a los pueblos atrasados) y considerando que la concepción periférica facilitaría la intromisión norteamericana en esas partes del mundo, sólo le resta a *Le Monde* decir que los Estados Unidos son portadores de la tremenda paradoja siguiente: que habiéndose producido en Teherán y en Yalta como apóstoles del anticolonialismo, desenlazan en un neocolonialismo, epílogo que les beneficiaría en la misma medida que perjudicaría a los pueblos colonialistas, a cuyas expensas había de realizarse la penetración norteamericana en dichos territorios. A tenor de esta tesis, diríase que el destino de Francia la lleva a tropezar en el mundo colonial con

la hostilidad anglo-sajona; fuera primero Inglaterra (recuérdese la clásica obra de Jean Darcy: *France et Angleterre. Cent années de rivalité coloniale*. París. Perrin, 1904); ahora que la Gran Bretaña se muestra más comprensiva —acaso porque sabe correr el mismo riesgo—, hasta el extremo de apoyar la tesis francesa en la O. N. U. respecto de Túnez y Marruecos, son los Estados Unidos quienes, sin apadrinar claramente una tesis colonialista, inspiran la decisión hispanoamericana que, pese a su suavidad, implica una afirmación implícita de la competencia de la secuencia de dar determinada beligerancia a una tesis neocolonialista, que O. N. U. en estos problemas nordafricanos y que se traduce en la con- consiste en propugnar manumisiones, considerando que éstas favorecen la causa de la expansión económica y comercial de los Estados Unidos a través del mundo. De eso a afirmar que Eisenhower es un símbolo político de la *Wall Street*, no resta mucha distancia lógica.

CAMILO BARCIA TRELLES

II.-NOTAS

